

Una figura prócer: Don Emilio Vaisse

EL hombre joven se esfuerza por entender el universo. Advirtiendo en él constancias indudables, le atribuye arbitrariamente leyes eternas.

Primero las imagina, luego, observando mejor, las corrige y las enmienda. Por fin cree haberlas establecido y formulado definitivamente, e intenta gobernar por ellas su propio espíritu.

Cuando ya cree haber formulado las leyes universales eternas cesa de investigar, y se conforma a sus propias anteojeras mentales, a los juicios generales que él mismo hizo o que construyeron sus mayores.

Adquiere así una inteligencia estática y contemplativa, que lo mantiene en la ilusión de haber entendido el universo, y, por ineludible consecuencia, también el mundo más reducido en que vive y se mueve.

Ya puede, por fin, vivir tranquilo, porque ha reemplazado en su mente el porvenir caótico por el pasado de su propio espíritu, es decir, por sus nociones aprendidas, por sus prejuicios heredados y por sus recuerdos más arraigados.

Ya no sólo puede vivir tranquilo, sino, lo que es más importante, morir tranquilo, sin el remordimiento de dejar a sus continuadores los enigmas que inquietaron sus años mozos y conturbaron la actividad instintiva de su mente juvenil.

En realidad, tanto la ambición adolescente como la conformidad senil creyéndose ingenuamente de radio infinito, no alcanzan sino un horizonte muy limitado, un infinitésimo de segundo grado del enigma universal.

Y para hallar alguna claridad dentro de ese mísero radio, debe el hombre, sensatamente, renunciar a saber la verdadera verdad, la inextricable verdad concreta de los seres y de los cambios del cielo y de la tierra, y construir abstracciones, atrevidas y limitadas, que le permitan formular leyes aproximadas de los fenómenos, no sólo del universo infinito, sino también de este mí-

sero mundo planetario, infinitamente pequeño, en que vivimos.

Esta abstracción aproximada, limitada y arbitraria es, en realidad, todo lo que sabemos o creemos saber para el gobierno de nuestro espíritu, y si la estrechamos rigurosamente, como debe hacerlo un juez inexorable, llegamos a establecer que, aun en este dominio, que creemos tan seguro, de la abstracción legítima, no hay sino una sola ley verdaderamente constante, madre y origen de todas las demás que formula nuestro espíritu ambicioso, para explicar los hechos y los seres del mundo que nos rodea.

Esa ley única, que alcanza a todos los seres concretos y concuerda con todos sus cambios o fenómenos, es *la ley de la inercia activa del universo real*.

La materia, lo que llamamos *materia*, esto es la realidad objetiva, exterior al espíritu, cuya proximidad nos modifica a nosotros mismos y se nos impone con una evidencia más fuerte que el *Cogito* de Descartes está moviéndose constantemente, cambiando, modificándose, chocando eternamente, por un impulso propio que no cesa jamás, ni jamás retrocede, y que todo lo altera y modifica, hasta nuestra propia existencia íntima.

Esta actividad eterna es una *inercia* activa: la quietud, el reposo, la inercia absoluta, la materia muerta, no existe. Es una mera apariencia, otra abstracción arbitraria de la mente.

La materia no es continua ni sólida: es siempre discontinua y radiante. Las partículas que nos parecen sólidas, en realidad están siempre degradándose, en actividad eterna, actividad que llamamos *energía*, y que es la misma materia, considerada en uno de sus aspectos, por otra abstracción espontánea de nuestro espíritu simplificador.

En el espacio infinito, las partículas activas, por su propia inercia, chocan y producen los cambios sensibles, y seguramen-

te también otros que son inaccesibles para nosotros, con una frecuencia y concurrencia también infinitas, que hacen necesariamente caótico el universo, y caótico también, en menor grado, nuestro pequeño mundo planetario.

Porque el *caos* es solamente la imposibilidad de entender verdaderamente la complejidad de los fenómenos, tales como ellos realmente son, sin el artificio de la abstracción, que nos da un conocimiento fragmentario y acomodaticio.

Si ello es así, el universo es caótico; si todo lo que sabemos de ese caos infinito son partículas mínimas de las apariencias que el espíritu capta, es evidente que el hombre concreto y efímero que las advierte, es menos que una sombra fugitiva en el devenir universal sin principio ni fin, en una de cuyas encrucijadas nos hemos afrontado fortuitamente por una coincidencia que no tiene ninguna probabilidad de repetirse.

Por ello el hombre individual y concreto, partícula infinitesimal de energía o de materia activa, llamada necesariamente a la degradación atómica, debe ser humilde: viene del caos del pasado y volverá mañana al mismo caos ciego, que se congrega y se disgrega, indefinidamente.

Así es objetivamente.

Pero el hombre de carne y hueso, el ser subjetivo que se siente vivo, pensante, sensible, lleno de pasión y de ansias, no se resigna.

La propia ley fundamental de la inercia le advierte que todos los sistemas energéticos, estáticos o dinámicos, tienden a conservar su individualidad propia, resistiendo a las perturbaciones interiores o exteriores, esto es al choque de otras unidades de materia activa, de otras series energéticas.

Se formula así, fuera de toda comprobación experimental, la primera Ley de Filosofía Primera, de evidencia inmediata, porque es sólo la generalización de una experiencia cotidiana y familiar.

Cierto el hombre de esta verdad fundamental, de la tendencia de los sistemas energéticos a conservarse indefinidamente, ha creído espontáneamente que él también perdura.

Primero, ante la evidencia de la muerte natural, supuso *la otra vida*, la eternidad, el paraíso y el infierno, donde se prolongan las almas. Rectificándose más tarde, aceptó que si no perdura como individuo, sobrevive como conglomerado social, familia, tribu, horda, patria, Humanidad.

Esta creencia en la subsistencia indefini-

da, ya que no eterna, de la asociación humana, en reemplazo de la creencia primitiva en la vida eterna individual, es la diferencia mental más profunda que separa al hombre tradicional de mente supersticiosa, del hombre moderno, de inteligencia positiva, gobernada por conceptos demostrables.

El avance de la positividad es lento en el individuo y en la especie. Penetra primero en las concepciones más simples y más generales, conquista en seguida las nociones físicas, químicas y biológicas, para enseñorearse al fin en las propias nociones religiosas y morales. La plena positividad se alcanza cuando el hombre mira con ojo igualmente sereno la formación de los astros y nebulosas y las reacciones de su propia conciencia.

Este último paso es penoso. El hombre vacila antes de decidirse a abandonar la mano de Dios, que cree que lo ha creado, formado, educado y dirigido, y que sigue protegiéndolo y vigilándolo, para condenarlo o para salvarlo. Le parece que, roto este contacto último con la divinidad, está perdido, y será irremisiblemente condenado o, lo que es peor, aniquilado.

Es tan tremendo este último paso que muchos hombres que ya lo dieron íntimamente en el fondo de su conciencia, siguen manteniendo ante los suyos, hipócritamente, las convicciones teológicas que ya repudiaron en su alma.

La grandeza moral de las almas próceres se manifiesta en esta franqueza heroica de negar públicamente hasta la sombra del antiguo Dios que profesaron sus mayores.

El drama angustioso de muchos es esta doble vida del espíritu: la palabra, el gesto, el silencio, la actividad y el rito, inclinados ante la superstición teológica repudiada por la conciencia.

Tal fue, a mi juicio, el drama alucinante de don Emilio Vaïse.

Nacido en Castres, en la diócesis de Albi, el 31 de diciembre de 1860, estaba predestinado por la asfixia propia de la vida provinciana y familiar, a ser un buen católico, apostólico, romano.

Según él mismo lo recordaba, sólo escapó durante las primeras veinticuatro horas de su vida a esta fatalidad cronológica y geográfica, porque solamente esas veinticuatro horas vivió fuera de la Iglesia, porque no estaba todavía bautizado. Ello le permitió ser francés sin ser católico durante un día entero, y poder reivindicar más tarde la primacía de la patria sobre la Igle-

sia. Hay sofismas que son verdaderos escudos interiores.

Su tierra había sido de herejes. Allí se desarrollaron desde antiguo los albigenses legendarios.

Esos herejes se llamaban a sí mismos *cátaros* o *puros*, porque preconizaban la sencillez de la vida y del alma, y la rigidez moral intransigente. Venían de tierras eslavas, de la Dalmacia continental. De allí penetraron en Italia y se asentaron en Lombardía mucho antes de las Cruzadas. A fines del siglo X estaban ya en la Península y poco después se instalaban en el castillo de Monteforte, cerca de Turín, entre 1030 y 1035. El arzobispo de Milán logró quemar vivo a su jefe, Girard de Monteforte; pero su herejía siguió propagándose, se desparamó por el Sur de Francia y se extendió, ya a mediados del siglo XI, por Tolosa, Albi, Limoges, Poitiers, Orleans y otras comarcas francesas, y llegó hasta Lieja y Arrás.

Como no solamente atacaban dogmas teóricos, sino también los derechos y prerrogativas de la Santa Sede, y estaban protegidos por grandes señores del Mediodía, los condes de Tolosa, de Foix, de Béarn y el vizconde de Bézières, fue necesario exterminarlos. Se organizó contra ellos una cruzada que comandaron Pedro de Castelnau, Milón, Arnaud Amalric, el abate de Citeaux, y el célebre y execrable Simón de Montfort.

Asesinado Castelnau en 1208, estallaron, en represalia, las violencias, asaltos, matanzas y saqueos. El Papa Inocencio III hizo dar en 1215 el condado de Tolosa al insaciable Simón de Montfort y fundó para ayudarlo en su empresa la Orden de los Dominicos y el Santo Oficio de la Inquisición.

Simón de Montfort pereció en 1218, sitiando su nueva capital; pero sus sucesores, cruzados e inquisidores, acabaron la cruzada y extirparon la herejía, acabando para ello con la vida de los herejes.

Desde entonces la Diócesis de Albi, núcleo antaño pertinaz de la herejía, es católica, apostólica, romana; pero fermenta hasta hoy día, en el fondo de las almas sobrevivientes, la herejía rebelde, que allí parece revivir como una cosa eterna.

Cuando don Emilio Vaïsse nació por esos pagos, seis siglos más tarde, aún entre sus sombras y rumores sobrevivían el espíritu rebelde y herético, encapsulado en el fervor cristiano de las mujeres y solapado y burlón en los labios de los hombres. El niño hubo de crecer en ese ambiente doble,

católico ferviente por de fuera, volteriano y hereje en el fondo de los espíritus.

Poco antes de 1860, prematuramente, envejecido, cansado de batallar con los demás y consigo mismo, se había retirado a Sorèze, a veintitrés kilómetros de Castres, el célebre Padre Lacordaire.

Enrique Domingo Lacordaire era una celebridad en el mundo católico. Nacido en 1802, su oratoria fogosa y atrevida lo había hecho famoso al salir de los treinta años. A los veintidós era ya abogado y ejercía con brillo en el foro de París. Pero tres años más tarde, metido en el Seminario de San Sulpicio, se ordenó de sacerdote y siguió las aguas turbulentas del abate Lamennais, que llenaba por entonces todas las ondas sonoras de la Francia con la elocuencia estremecida de su polémica religiosa. Lamennais pretendía reintegrar la Francia y el mundo al seno de la Iglesia, para felicidad en la tierra y mayor gloria de Dios, y arrastró en su cruzada fulgurante a los mejores espíritus de su época. Pero era más papista que el Papa, y la Santa Sede, cautelosa y fría en su apostolado y en su política, condenó la conducta de Lamennais.

Lamennais y Lacordaire, su discípulo amado, se sometieron; pero Lamennais no soportó la flaqueza de Roma, y se sublevó. Salió de la Iglesia y fue un hereje más en la serie infinita de los que opinan con su propia cabeza, orgullosa y segura.

No fue sólo el orgullo lo que decidió a Lamennais. El era creyente, fervoroso creyente, batallador y apostólico, y veía a la Iglesia tibia y claudicante, llena de concesiones políticas, vencida de antemano por la efervescencia social, que miraba en la rebeldía revolucionaria la única solución a la tragedia del proletariado. El estado y la Iglesia eran para él un mismo cuerpo, y la libertad del espíritu, el único camino de la libertad y de la reforma.

Lacordaire estuvo a su lado en sus mayores tribulaciones; pero no lo acompañó en la rebeldía ni en la herejía. Se sometió humilde y definitivamente a la Santa Sede y abandonó al maestro dominado por Satán. Entre el estado y la Iglesia, prefirió la Iglesia. Libertad, república, democracia, sí; pero en el regazo de la Santa Madre Iglesia. Era revolucionario, pero humilde, y para servir mejor a su Santa Madre se hizo dominico en 1840.

El gran libertario de pocos años antes tomó el hábito blanco del fundador de la Inquisición, y se empeñó en reconciliar a la Iglesia con el siglo, pero sometiendo

siempre el siglo a los mandatos de la Iglesia.

Para realizar mejor esta obra se retiró a Sorèze, pueblecito de 1.286 habitantes, en donde hay desde muy antiguo una célebre abadía de benedictinos, a dirigir un colegio para jóvenes, y allí murió en noviembre de 1861.

Cuando don Emilio nació era el Padre Lacordaire la celebridad de la comarca, respetado como un sabio y venerado como un santo, y ello explica que la familia Vaïsse, a pesar de los veintitrés kilómetros que separan Castres de Sorèze, pidiera a ese santo que fuese él quien incorporara a la Iglesia Católica al recién nacido, por el sacramento del bautismo.

Los que no creemos en brujos ni en misterios no debemos imaginar que el drama eterno de la rebeldía y de la obediencia, que había llevado a la tragedia al abate Lamennais y había consumido antes de tiempo al hermoso Padre Lacordaire, se transmitiera con el agua del bautismo al pequeño Emilio Vaïsse; pero es un hecho que él debió crecer en ese mundo férvido de fe y de rebeldía, de herejía y de sumisión, de teología dogmática y de opiniones personales divergentes, en que las almas verdaderamente próceres acaban por tomar una posición definida, arrojando las excomunion. El dilema es ineludible: o la paz herbívora y lastimera del rebaño dócil, o la vida áspera y bravía de la oveja descarriada.

Pero los niños no eligen. Nuestros mayores piensan y anhelan por nosotros. Desde antes de nacer nos hacen frailes, militares, abogados, médicos, bandidos o piratas. Los pobres viejos tienen su ideal, acariciado íntimamente, que ellos creen, candorosamente sabio y lleno de experiencia segura.

Don Emilio tenía un hermano mayor, mucho mayor, ya hombre cuando él nació, que por ello nunca fue su amigo. Su padre era ya viejo: campesino acomodado y culto, francés republicano de vieja cepa, aspiraba a la unidad nacional. Era tan francés que nunca quiso hablar *patois* delante de su hijo. Pero las madres son porfiadas. Ellas no discuten los dogmas de la Iglesia, pero resisten las directivas del marido. Ella sí, ella hablaba solamente *patois* con el pequeño Emilio, que tuvo desde sus primeros balbuceos un alma ardiente de meridional, de *languedocien* ávido de sensaciones, de afectos, de libertad, y ansias de saber infinitas.

¿Dónde educarlo? El Padre Lacordaire había muerto. Su pequeño colegio de Sorè-

ze era una sombra. En Albi había una arquidiócesis y un seminario famoso. Era lo mejor, y allá fue, todavía muy tierno, hacia los once años, el niño Emilio Vaïsse, pensando la madre que de allí saldría abate, creyendo el padre que tal vez resultara, por reacción, un republicano de batalla, la una y el otro confiados en las brillantes disposiciones del futuro seminarista.

En aquella época, de angustias y de desastre, de crisis religiosa y de crisis política, por el Seminario pasaban casi todos, nobles, togados y pequeños burgueses. Sólo el pueblo mismo, los pobres de verdad, no podían llegar al Seminario. Esos, en Francia, salían de sus casas a trabajar libremente, a rodar el mundo, a los catorce años, apenas con lectura, escritura, y las cuatro operaciones. El francés del pueblo es amarrado y el hijo en la casa, si no trabaja es una carga, y si trabaja, un estorbo. ¡Que ruede el mundo y se haga obrero!

La familia de don Emilio no era de proletarios, sino de gente acomodada y culta, y por ello, en vez de salir por los caminos de Francia, entró por los caminos del Señor, más seguros, pero más cerrados.

En el Seminario conoció de lejos a Jean Jaurès, dos años mayor que él. Era hermoso, distinguido y fue famoso en el Seminario de Albi antes de cumplir los veinte años. Allí vestía sotana, como un abate ascético, todavía creyente, pero ya al borde de la crisis tremenda en que el hombre abandona decididamente la mano de Dios, lo confina al pasado, y renuncia a la vida eterna para paladear ansiosamente la presente, efímera pero sustantiva y verdadera.

No alcanzaron a ser amigos, porque en los colegios, como en los caminos de los grandes, los cursos y los patios separan a los niños por fronteras infranqueables. Pero don Emilio no olvidó nunca a Jean Jaurès: se quedó de lejos contemplándolo durante su fulgurante carrera política, tronchada brutalmente en 1914 por la mano de un asesino clerical.

Diez años estuvo el adolescente Emilio Vaïsse en el Seminario de Albi, metido en una sotana negra, atiborrándose de latín, de griego, de cánones, de teología, de escolástica y de liturgia, preparándose para servir a la Iglesia *ad majorem Dei gloriam*...

Hacia 1880 ya no había nada más que aprender en el Seminario de Albi: ya sabía más que sus maestros, aunque era todavía un joven imberbe. Era docto y aspiraba a saber más. Manejaba la pluma como un

escritor de raza y hubiera sido elocuente si hablara mejor francés.

Albi es la provincia: el viejo Languedoc. Allí perdura el *patois* imperioso, la pronunciación chillona, las consonantes inauditas, que se empeñan en resonar todavía cuando ya hace siglos que se apagaron y murieron en la Isla de Francia.

¿Qué hacer?

No estaba canónicamente maduro para el sacerdocio, y en Albi perdía su tiempo y se agostaba su alma. Consiguio su madre que le diesen una beca en el Seminario de París.

Ese largo viaje, de más de setecientos kilómetros, el primero de su vida, no le enseñó nada. De un seminario a otro uno no viaja: simplemente se traslada, como un bulto, como un archivo que cambia de anaquel. El mismo encierro, las mismas sotanas y los nuevos compañeros, más distantes y herméticos, aislados en su lengua mocha, nasal y argótica, casi ininteligible.

En las clases, brillante, sabio, erudito, seguro, casi dogmático; en los patios, cohibido por la versatilidad burlona de los parisienses, de respuestas cortantes, acribilladas de tremendos *calembours*.

Apenas si tenía amigos, pero se consolaba estudiando hebreo y aprendiendo historia y literatura. Cinco años más tarde, no supo cómo, se ordenó de padre lazarieta, entró en la famosa "Misión" de San Vicente de Paul, y fue literalmente embalado para Sudamérica.

Había nacido y vivido en Francia toda su vida y no la conocía. Por las calles de París casi no había andado, y jamás se había mezclado en la vorágine de su vida pública.

De las luchas políticas, de la vida social, de los acontecimientos literarios o estéticos, sólo le había llegado el eco, amortiguado por la silenciosa y tremenda disciplina del claustro. Era francés porque llevaba la Francia adentro, en el alma, en la lengua, en el pasado histórico y en los anhelos, en todo ese sedimento impalpable y pesado que nos dejan los libros, las conversaciones, las caricias, las sensaciones reales y las voces infinitas que nos asaltan siempre mientras como jóvenes, despiertos o dormidos, y aun sepultados en el claustro.

Con esa Francia indeleble dentro del alma abandonó su tierra, cruzó el Atlántico en un velero desesperado, dobló el Cabo de Hornos, y después de tres meses de un viaje sofocante y vacío, sin puertos ni tempestades, llegó a Chile, molido, anonadado,

jurando que jamás en su vida volvería a navegar, que no se ataría jamás nuevamente a la cadena de galeotes de la navegación a la vela, buena solamente para piratas y ladrones.

Cayó en Santiago en un colegio de frailes españoles, desgredados y envidiosos, ignorantes y duros.

Tenía veinticinco años. Era esbelto, hermoso, rubio, lleno de simpatía penetrante y de entusiasmo helénico. Lo asediaban las confesadas insinuantes, lo consultaban sobre sus más íntimos anhelos, le llevaban golosinas y le prestaban libros. Los españoles gruñían. Lo espiaban, le imponían penitencias humillantes y llegaron a negarle el acceso a la biblioteca del colegio.

La santa disciplina era para él una tiranía cotidiana. Para poder comprar libros a su gusto tenía que recibir a escondidas dádivas de dinero de sus confesadas más asiduas. Con ellas llegaban hasta las novedades literarias más polémicas. Pero sus libros propios, esos que se procuraba con tantas cuitas, también eran materia de inquisición en su celda y de censuras disciplinarias. La asfixia del colegio lo estaba llevando a la tumba. No tenía siquiera a quién quejarse, porque sus salidas eran escasas, y no conocía mucha gente. No podía tampoco escribir libremente a sus amigos. Debía mostrar sus cartas a sus superiores y no recibía correspondencia alguna de fuera que no le llegase abierta.

Pero él sabía latín, latín perfecto, matizado, elocuente, penetrante, un latín de gustador y de erudito, que iba mucho más allá de lo que podían sospechar sus verdugos españoles. Lo aprovechó para escribir al Papa.

Al Papa podía escribir sin pasar por la censura de los superiores: mandó una larga carta al Pontífice para contarle su amargura.

León XIII era inteligentísimo y estaba rodeado de cardenales inteligentes. Entendieron la carta del lazarieta desterrado y lo autorizaron para *secularizar*, para pasar al siglo, para vivir humanamente, en la tremenda miseria de los hombres libres, verdaderamente libres.

Pero la Iglesia tiene su disciplina, sus apariencias y sus rigores. No podía secularizar sino después de un año de mortificaciones, de obediencia ciega y de silencio. Y ese año duro debía pasarlo fuera de Chile.

Tal fue el motivo de su viaje al Perú y de su encierro en el Seminario de Trujillo como maestro de novicios.

Era novicio allí, metido en una sotana corta, Víctor Raúl Haya de la Torre, y hubo de recibir sus enseñanzas. No se debe, sin embargo a don Emilio, a su influencia de maestro, la doctrina insurrecta y demagógica del aprismo peruano. Don Emilio fue desde muy joven un filósofo positivista, para quien la jerarquía social es una ley necesaria, ineludible, y jamás pasó por su mente que la indiada oscura, reducida al mero instinto por la larga servidumbre, debiera imponer su ley. Haya de la Torre y don Emilio convivieron y simpatizaron, pero no se compenetraron y al separarse no dejaron el uno en el otro más huella que la que dejan las sombras de las aves que cruzan los cielos por encima de las lagunas.

Secularizado al fin, regresó a Chile. Obtuvo, por falta de oponentes, una parroquia rural cordillerana, en las vecindades de Bolivia, poblada de indios aymarás. Los desiertos abrumadores de Toconao y de San Pedro de Atacama lo vieron durante años cruzar a lomo de mula, o sobre las ancas de algún caballo famélico, las largas leguas arenosas, leyendo sobre la montura, bajo un sol implacable, para ir a administrar a los indios los pocos sacramentos que ellos mismos creían merecer, bautismo, penitencia y matrimonio.

Tras ese largo silencio, sin amigos y sin lazos, llegó un día a Santiago, como capellán de las monjitas de San Vicente de Paul.

Debe haber exclamado como Horacio: *hoc erat in votis*. La quietud del claustro, la pureza, humildad y abnegación de las monjitas, y el recuerdo santificante de San Vicente de Paul, lo penetraban de dulzura, amortiguaban su viveza meridional, serenaban sus rencores y doblegaban su rebeldía y su herejía.

Porque en el fondo de su alma, pensando siempre con cabeza propia, era, naturalmente, hereje, por lo menos *imo pectore*.

Ninguna influencia, ninguna armonía espiritual fue jamás para don Emilio más benéfica, más sedante, que esa convivencia con las hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, que parecían prolongar sobre su frente inquieta la mirada ultraterrena de aquel varón humilde, de santidad incomparable.

De esa larga meditación, anónima y fecunda, lo arrancó el Doctor Fernández Peña, propagandista dinámico del mundillo radical, tal vez con el secreto deseo de escandalizar a los hipócritas trascendentales que regían la República. Fernández Peña era descreído, de filosofía pedestre, apasio-

nado y ciego; pero de generoso ardor social. Don Emilio lo había deslumbrado. Volaba muy alto, sabía latín y griego, literatura e historia, teología y geología, y era capaz de abarcar todo el infinito torbellino de la mente humana.

Además era cura, capellán de monjas, y seguramente un ateo inmarcesible en su fuero interno. ¡Qué magnífico escándalo para el beaterío hipócrita que agobiaba a la República!

Lo empujó a la pelea. Le consiguió la tribuna revolucionaria (¡entonces!) de la Universidad. Sopló la noticia por todos los rincones, y don Emilio, joven, fino, elegante, desenvuelto, en un español sonoro y correctísimo, disertó largamente sobre los orígenes de la tierra, de la vida y del hombre, tratando de poner de acuerdo a los sabios laicos con la Biblia, en detrimento de la Biblia.

El escándalo fue inaudito. La Curia se movilizó. El Mercurio, ávido de circulación y de avisos, lo arrastró a sus columnas pecuniarias, el Arzobispado lo convocó para que diese explicaciones... la excomunión mayor zumbaba sobre su cabeza.

Don Emilio tuvo un gesto de audacia genial: llevó su manuscrito a la Curia, enrollado como un cañuto, atado con una cinta rosa, y lo entregó a sus jueces virtuales, desafiándolos a que hallasen en todo su texto una sola proposición herética: si la encontraban, estaba dispuesto a retractarse públicamente...

¡Qué iban a encontrarla!... decía años más tarde. Si no eran capaces de entenderlo y ni siquiera de leerlo... Algunos días después le devolvieron en silencio su manuscrito intacto, atado con la misma cinta rosa...

Pero nunca lo tragarón. No se atrevían con él, pero presentían que no era del rebaño de las ovejas herbívoras, de la grey humilde y sumisa, que calla en la tierra y canta en el cielo... Era mejor ignorarlo, como si no existiese...

Y así vivió treinta años, enseñando, platicando, escribiendo, derramando silenciosamente, como un manantial inagotable, la inaudita riqueza de su espíritu.

Nunca lo dominó nuestra hipocresía vascongada; nunca se sometió a la componenda criolla, nunca tuvo miedo de pensar ni de hablar, como nuestros patricios trascendentales, nunca renegó de sus grandes amores, la Francia, la Verdad y la Amistad.

Era el suyo un pensamiento positivo y luminoso. Decía creer en Dios y veneraba a

Jesucristo; pero no se hacía ilusión alguna sobre el origen del mundo ni sobre el destino del hombre y, seguramente, en lo íntimo de su conciencia, había reemplazado a Dios por la Humanidad, única verdadera providencia y madre amorosa y abnegada de los hombres efímeros que cruzamos este minuto fugitivo que nos liga al pasado por la gratitud y al porvenir por la esperanza.

Recibimos del pasado la sabiduría y la experiencia y trasmitimos al porvenir, acrecentadas, esa misma experiencia bienhecho-

ra y esa misma sabiduría vivificante. Los que las acrecientan son los hombres de alma prócer y ejemplar, dignos de nuestra veneración.

A don Emilio, como a Lacordaire, lo limitó la disciplina de la Iglesia, y por ello su drama fue más hondo, más desgarrador y más hermoso, y su enseñanza más fecunda para los que tuvimos la dicha de beber el manantial de su palabra fraterna.

El Olivar, 17 de diciembre de 1960.

UNIVERSIDAD DE CHILE
SEDE SANTIAGO ORIENTE
BIBLIOTECA CENTRAL PUBLICACIONES PERECIDAS

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS